

EL MUNDO
SÁBADO 20
DE FEBRERO
DE 2016

E | M | 2

SALUD
CIENCIA
SOCIEDAD
TECNOLOGÍA

PAYAS.O.S.

«¿Cómo están ustedes?», gritaban en televisión. Pero ya no salen en pantalla. «¿Cómo están ellos?»

POR ISABEL F. LANTIGUA

Verónica, que se transforma en Amandina cuando se viste de *clown*, actúa en hospitales.
ÁNGEL NAVARRETE

Lo han oído estos meses en varios escenarios. Se lo han dicho desde la izquierda a la derecha y de la derecha a la izquierda. Porque a la hora de elegir calificativo para el adversario no ha habido distinción entre ideologías. «Payaso», se han soltado unos a otros y viceversa, dejando patente que para ellos la política es un circo. Esta comparación, este tratar de hacer de una profesión un «insulto» es lo único que les molesta a los payasos de verdad, a los que siguen pensando que «ojalá la política tuviera los valores que hay en la carpa, los que demuestran quienes se ponen una nariz roja». Palabra de Fofito, de Amandina, de Líquido. Palabra de clown.

«¿Cómo están ustedes?», lanzaban en voz alta en *prime time*. «¡Bieeen!», gritaban de vuelta niños y adultos. Así una vez, y otra más, hasta que todo era un chillido positivo en el aire. Ya no se escucha esta pregunta en la televisión, porque ya no salen payasos al otro lado del plasma. Y la respuesta no sería tan unánime y ruidosa, porque las cosas, para la mayoría, ya no van tan bien. Y la mentira, de decirlo, sale en voz más baja. Tampoco los circos son lo que eran y, algunos muy famosos, triunfan sin personajes con zapatones. ¿Qué ha sido de estos personajes? ¿Peligra su profesión? Le damos la vuelta a su interrogante: «¿Cómo están ellos?».

Ella, Verónica, está entregada a aliviar la estancia de los niños en el hospital, a que «conecten con su parte lúdica y saquen su lado más inocente dentro de las circunstancias duras que están atravesando». Ella –cuyo *alter ego* es Amandina, licenciada en alegría– tiene las manos pequeñas, el corazón grande y la sonrisa enorme. Defiende que la de payaso, aunque prefiere la palabra *clown*, porque tiene menos connotaciones peyorativas, es «una profesión y un arte». Y está segura de que «todo el mundo lleva un payaso dentro, porque todos hemos sido niños. El problema es que lo perdemos al crecer».

Él, Julián, está empeñado en demostrar que «la formación terapéutica es clave para actuar ante niños enfermos y que el payaso no se hace: se busca, se encuentra y, luego, se es. Es un yo libre, honesto, que expresa lo que siente. Es la inteligencia emocional en estado puro». Él –Líquido cuando se pone la camiseta de rayas azules y los pantalones a juego– tiene los dedos largos, la risa tímida y la bondad por bandera. Y una misión: «generar un ambiente de magia en la habitación del hospital».

Ambos forman parte de la asociación SaniClown, que

cumple 10 años de buenos ratos entre las paredes de los centros médicos infantiles. Todos sus voluntarios se forman durante cinco meses y aportan su propio material y vestuario. Verónica admite que ahora ha llegado un momento «duro», en el que «necesitamos socios y empezamos a aceptar donativos. Pero nunca cogemos dinero en el hospital. Nunca vestidos de payasos». Les preocupa «el intrusismo. Que haya personas no formadas en una habitación metiendo la pata. Y hay un montón, gente que se pinta la cara y cree que basta con eso. Es un horror».

En teoría son los servicios de atención al paciente los que deben controlar la calidad de la animación. «Pero es complicado», reconocen. Mientras que en España «nadie concede demasiada importancia a lo que hacemos», Verónica explica con su acento argentino que en Buenos Aires «aprobaron una Ley que obliga a la incorporación de los payasos al sistema de salud». Una norma por la cual los especialistas del *clown* se integran dentro del equipo médico porque, según dijeron al promulgarla, «el ingreso es un proceso traumático y es más difícil de sobrellevar para los niños. Pero esto cambia cuando se usa la mirada del payaso».

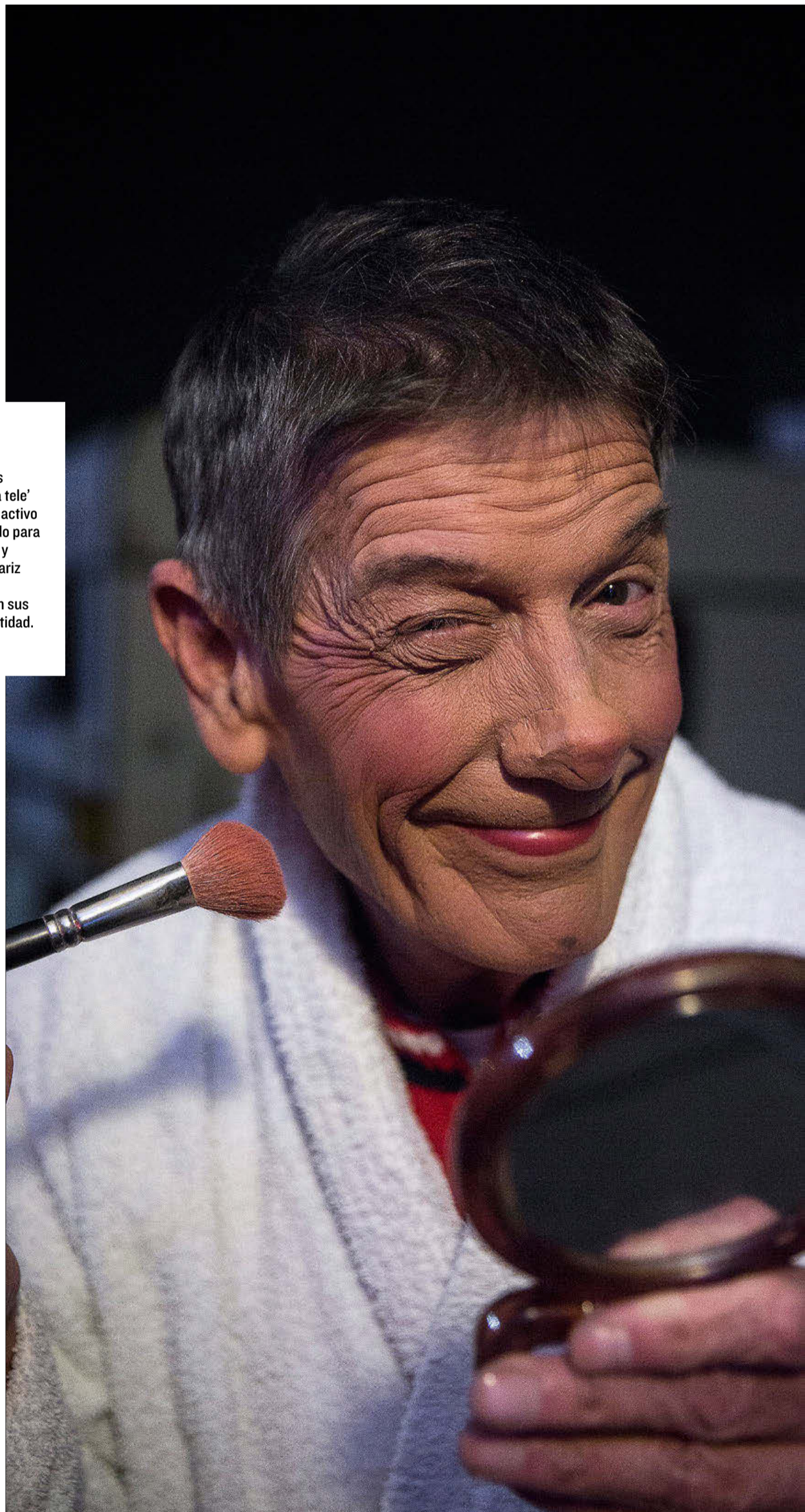
B., ocho años, les cuenta a Líquido y Amandina desde una cama del hospital Niño Jesús de Madrid que mamá siempre le despierta «con carinillos». Y se revuelve entre las sábanas para imitar cómo se despereza a diario. Ellos aprovechan la intervención para seguir por ahí. «Siempre vamos en pareja e improvisamos según la reacción del crío. Hay que ser un poco psicólogo y saber que están muy contenidos y hay cosas que no quieren ver u oír». Y explica Verónica –falda de tul, camisa chillona y sombrero– que «igual que un médico puede ser cirujano o anestésico, también hay muchos conceptos de payaso y no es igual actuar en un circo que en una fiesta infantil». Por ejemplo, «nuestro vestuario es distinto. No tienen sentido los zapatones porque los niños se sienten ya muy pequeñitos y están en espacios diminutos, así que estorbarían más».

También cambiaron el vestuario los famosos payasos de la tele. «Nuestra familia quitó el maquillaje blanco de la cara, la ceja grande y el labio rojo, porque asustábamos a los niños. Nos quedamos sólo con la nariz y los zapatos, lo básico», cuenta a EL MUNDO Fofito,

FOFITO

El único de los 'payasos de la tele' que queda en activo sigue actuando para niños, padres y abuelos. Su nariz postiza y los zapatones son sus señas de identidad.

OLMO CALVO





desde el circo Gottani. Coincide con Líquido y Amandina en denunciar «el intrusismo» y le da pena «el abandono que han sufrido algunos payasos».

Lamenta que la evolución del circo se haya olvidado del payaso en algunos casos, aunque queden, «menos mal», espectáculos en los que sí siguen siendo prioritarios. Uno de ellos es el circo Gottani. Según explica su director, Denis: «Empezamos el show por los animales porque antaño, cuando los circos llegaban a las ciudades, las fieras llamaban mucho la atención. Y terminamos con los payasos, para dejar un buen sabor de boca. Es una fórmula clásica que funciona».

Fofito también conoce el trabajo en los hospitales y confiesa que «de no haber sido payaso, hubiera sido médico. Cuando veía a las criaturas enfermas, pensaba: 'Ves, si hubieras estudiado podías salvarle la vida y no sólo entretenerle, que no sirve de nada'. Pero los médicos me decían que después de que yo pasara, el niño tomaba mucho mejor la medicación. Y eso me reconfortaba».

Está de acuerdo con Saniclown en que «todos llevamos a un payaso dentro. Aunque veas a un jefe muy serio, en algún rincón de su corazón tiene una lágrima escondida. Porque la lágrima del payaso se pinta, pero nunca se muestra al público». Fofito cree que «el niño hoy es menos inocente, pero disfruta igual con la risa. Eso no cambia y, por ello, el payaso no debe desaparecer, no tendría que estar nunca en vías de extinción».

Todos echan de menos una mayor presencia de payasos en la programación infantil. ¿Por qué ya no salen en la televisión? Pues según el único que queda del cuarteto original, «aquel programa de los payasos de la tele sería impensable hoy porque era muy caro. No se miraba la peseta. ¿Dónde está el mejor domador de tigre? ¿En Alemania? Pues que venga. ¿El mejor trapeceista? Pues lo traemos'. No se reparaba en gastos. Se tendría que apostar por algo parecido. ¿Que funcionaría? Estoy convencido de que sí».

Según Verónica y Julián, «el humor clown está en muchas partes, pero el payaso reflejado como tal está en pocos si-

tios y eso hace que nos olviden poco a poco». Para sostener esta afirmación, ella recurre, por ejemplo, «al Chavo del ocho, que es un auténtico payaso, que conmovía sin dar lástima». Para Julián, «el robot Wall-E del filme de Pixar es un clown divino, sientes sus emociones como tuyas y empatizas. Lo mismo que con muchos personajes que recurren a técnicas de payaso sin que se note».

¿Cómo llega uno a ser payaso? «Pasó un circo por una ciudad, donde había un curita. El curita se enamoró de la mujer que domaba al caballo y le propuso matrimonio y ella le dijo: 'No, yo me quiero casar con el

mejor payaso del mundo'. Entonces él colgó los hábitos. Era un señor muy preparado, que hablaba cinco idiomas. Viajó con el circo, aprendió de todos los clowns y cuando se hizo uno le preguntó a la chica: ¿Ahora te quieres casar? Y tuvieron 16 hijos». Así, por el gen familiar, entró Fofito

en el mundillo. Otras veces es por azar, por amor al arte, por creer en el poder de la risa.

Pero las cosas no van bien para los narices rojas. «Hemos perdido socios, aunque hemos ganado voluntarios y el espíritu está intacto», señala Samuel Rodríguez, de Payasos sin Fronteras, organización donde prima la calidad artística y todos son profesionales. «Reivindicamos el espacio público en un entorno de guerra y propiciamos la conexión intergeneracional en los campos de refugiados. Cada campo y cada país es un mundo, pero las reacciones son parecidas», dice Samuel, que resume lo que hacen de forma gráfica: «Damos abrazos a través de la risa».

En Líbano o República Centroafricana, en lugares en guerra «damos importancia al juego, al humor blanco, a lo inocente. Tendemos puentes entre pueblos enfrentados y hacemos lo imposible por dejar una puerta abierta a la esperanza», añade el portavoz. «Da igual el contexto o el bando. El payaso logra igualar a todos, porque hace reír a todos. Somos iguales ante la risa, es la no diferencia».

Por eso, con nariz y sin nariz roja, con bombín y sin él, con zapatones y descalzos, reclaman una cosa: «Que la sonrisa sea Patrimonio de la Humanidad». Palabra de payaso.

SANICLOWN

Verónica y Julián son Amandina y Líquido cuando entran a actuar ante los niños que están en el hospital. Que se olviden de su enfermedad unos minutos es el reto.

ÁNGEL NAVARRETE

PSF

Convertir los espacios de guerra en entornos con un poco de esperanza. Es lo que intentan los voluntarios de Payasos sin Fronteras. Llevar la risa por bandera.

SAMUEL RODRÍGUEZ